
DOS PALABRAS

Una de las intelectualidades más altas que jamás produjera la Humanidad, el inmortal Eca de Queiroz, ha escrito lo siguiente:

“Una nación sólo vive porque piensa. *Cogitat ergo est.* La Fuerza y la Riqueza no bastan para probar que una nación vive una vida que merezca ser glorificada en la Historia, como los recios músculos del cuerpo y el oro que llena una bolsa, no bastan para que un hombre honre en sí a la Humanidad. Un reino de Africa, con guerreros innúmeros en sus campamentos e innúmeros diamantes en sus colinas, será siempre una tierra bravia y muerta que, para lucro de la Civilización los Civilizados huellan y dividen tan tranquilamente como se sangra y se despedaza la res para alimentar al animal pensante. Y, por otra parte, si el Egipto o Túnez formasen resplandecientes centros de Ciencias, de Literaturas y de Arte y, a través de una serena legión de hombres geniales, educasen incesantemente al mundo, ninguna nación ni aun en esta edad de hierro y de fuerza, osaría ocupar, como un campamento infecundo y sin dueño, esos suelos angostos donde se elevase, para hacer mejores las almas, el enjambre sublime de las Ideas y de las Formas.

Sólo, en verdad, el Pensamiento, y su creación suprema, la Ciencia y la Literatura y las Artes, dan grandeza a los pueblos, atrayendo hacia ellos universal reverencia y cariño; y formando en su seno el tesoro de verdades y de bellezas que el mundo necesita, los hacen sacrosantos ante el

mundo. ¿Qué diferencia hay realmente entre París y Chicago? Son dos palpitantes y productivas ciudades, en las que los palacios, las instituciones, los parques, las riquezas se equiparan soberbiamente. ¿Por qué, pues, forma París un foco crepitante de Civilización, que irresistiblemente fascina a la humanidad y por qué Chicago tiene apenas sobre la tierra el valor de un rudo y formidable granero, a donde sólo se va a buscar grano y harina? Porque París, además de los palacios, de las instituciones y de las riquezas de que Chicago también justamente se gloria, posee un grupo especial de hombres,—Renan, Pasteur, Taine, Berthelot, Coppée, Bonnat, Falguières, Gounod, Massenet—que por la incesante producción de su cerebro convierten la ciudad trivial que habitan, en un centro soberano de enseñanza. Si los "Orígenes del Cristianismo," el "Fausto," los cuadros de Bonnat, los mármoles de Falguières, nos viniesen de más allá de los mares, de la nueva y monumental Chicago, hacia Chicago y no hacia París se volverían, como las plantas hacia el Sol, los espíritus y corazones de la tierra."

A la sombra del glorioso escritor lusitano, séame permitido apuntar mi guijarro de David a la faz de este coloso, no con el vano propósito de hacerlo venir ruidosamente al suelo, sino con el sano y patriótico intento de desvanecer la embustera leyenda con que se nos ha engañado por muchos años allá en México, haciéndonos pensar que hasta sus numerosos remiendos de frágil barro, están formados del invulnerable bronce de Samotracia.

La cuestión de estaturas es eminentemente relativa y yo creo que el día que comencemos en México a ver un poco más bajos a nuestros vecinos, ese día comenzaremos a sentirnos un poco más altos nosotros. Y no debemos olvidar que un pensador americano, Emerson, enseña que ninguna gran empresa se lleva a feliz término, si en sus comienzos no se pone un poco de fe y de entusiasmo.

EL AUTOR.

I—La Antesala de Uncle Sam (*)

New York, Agosto de 1914.

Señora Doña Herlinda C. de Herrera.

Córdoba, V. C.

Mi querida tía:

El ofrecimiento que Ud. me recuerda en su carta última, lo hice en momentos tan distintos del que ahora atravieso, que sin duda corresponden a dos estados de espíritu radicalmente opuestos: por una verdadera casualidad, fue precisamente en el aniversario nacional de este país cuando nos vimos la última vez y cuando, a propósito de aquella celebración, a instancias de Ud. me comprometí a escribirle una serie de cartas comunicándole mis impresiones de los Estados Unidos.

Si lo que Ud. se propuso fue lograr algún conocimiento exacto, alguna verdad definitiva acerca de este enorme hacinamiento humano, no va Ud. a conseguirlo por conducto mío; pero si quiere Ud. saber cómo vi yo las cosas de este país, entonces su deseo va resultando más viable.

Me parece que es Gabrielle D'Annunzio quien dice que sólo la primera vez que se mira una cosa o una persona, se tiene de ella una impresión verdadera: después, nuestras ideas preadquiridas vienen a falsear la noción primordial. Si esto

(*) Todas estas cartas fueron revisadas y corregidas para darlas al público, en los últimos días de Septiembre de 1915.

es verdad, como yo lo creo, van a resultar muy falseadas mis primeras impresiones de este país, después de algunos meses, que para olvidar son siempre mucho, pero especialmente cuando nuestro espíritu es como una linterna de Cine, por la cual desfilan en tropel pavoroso los más increíbles y espantables sucesos: me refiero a la condición de nuestro país durante los últimos tiempos.

Haré, sin embargo, un pequeño esfuerzo para darle no un trasunto de los sitios y rincones de los Estados Unidos vistos por mí en esta forzosa estadía, sino por conseguir que Ud. vea cosas e instituciones a través de mi temperamento, "mismamente" como si Ud. se asomara por detrás de mis ojos y éstos fueran dos vidrios redondos, como los de nuestros "panoramas" de antaño. ¿Los recuerda Ud.? los pobres tuvieron que desaparecer, arrollados por las vivientes imágenes del cinematógrafo.

Si no tuviera yo muchos motivos para consolarme de haber hecho este viaje forzado, no obstante las penurias que estamos pasando, lo habría de sobra para regocijarse pensando que yo, al revés de otros que en el extranjero han aprendido a despreciar a su país, en el extranjero vine a apreciar, a aquilatar en mi espíritu las bellezas y riquezas del nuestro, y las escasas, muy escasas pero efectivas virtudes de nuestro pueblo, sin duda el que de manera más enérgica entre todos los de América ha sabido marcar una personalidad distinta y propia.

Creo que fue Amado Nervo quien hizo observar que en México tenemos bellezas naturales superiores a las de Europa, que, sin embargo, mientras nadie visita las nuestras, la humanidad se da cita en las de Europa y que eso no es más que obra de la literatura.

Así lo creo yo: cuando desde la cubierta del hermoso barco francés que nos llevó de Veracruz, en la mañana del 14 de Julio vimos en la costa cercana destacarse la vieja y legendaria fortaleza española que se iergue a la izquierda cerrando en la perspectiva el caserío que en apretada línea se dibuja al fondo de la bahía de la Habana, más que la belleza del paisaje fue todo un siglo de literatura amontonada sobre Cuba y Puerto Rico, último resto del glorioso pasado, la que ocupó nuestro espíritu, al escuchar de boca en boca aquellos nombres tantas veces oídos a los dulces acordes de una habanera lánguida:

¡El Morro! ¡La Cabaña!

Toda la vieja literatura de opereta, pasada ya de moda, volvía a nuestra memoria, al compás de aires musicales olvidados hacía muchos años.

Un momento después el trasatlántico se deslizaba rápido y silencioso entre las carcomidas bases del "Morro" y los puramente decorativos cañones de "La Punta" e iba a echar las anclas en la histórica bahía del antiguo San Cristóbal de la Habana, no lejos del sitio donde diez y seis años antes, la pérfida política americana o acaso la mano del destino, ciego e indiferente, hacía estallar el explosivo que al echar por lo alto los trágicos restos del "Maine," arrancó de cuajo hasta los últimos ardites del imperio colonial de España, que de este modo venía a terminar, por uno de tantos caprichos de la vida, en el propio sitio donde comenzara cuatro siglos antes. (*)

La "visita de sanidad" en la Habana es especialmente fastidiosa: es ésta una de tantas manifestaciones de la aplastante influencia que la Casa Blanca ejerce en el gobierno de la isla muy a disgusto de aquellos que llevan en las venas la sangre generosa de los antiguos siboneyes. *Deo volente*, han de sobrarme más adelante las ocasiones de presentar a Ud. más de una mentira "colectiva" de las que tanto privan en los Estados Unidos y entre las cuales figura en lugar muy importante la "mentira de la higiene pública."

Y cuando concluida la tediosa visita médica, que es por lo demás punto menos que inútil, todavía está Ud. tarareando aires de opereta, toda la poesía se derrumba ante la prosa de los aduaneros que le examinan a Ud. el equipaje entre una balumba de bultos, carretillas, pasajeros y mozos de cordel y de express, con un calor de desierto africano y con acompañamiento de una gritería exageradamente meridional, en la que parece poner algo de complicidad aquel mar divinamente azul, donde se baña la férvida capital de la antigua Fernandina.

Permítame Ud. aprovechar este momento como el más oportuno para hacer constar que yo en la Habana no tuve queja de nadie: desde el médico de sanidad que hizo en mi favor una excepción librándome de "morder" el poco atrae-

(*) Aunque Cuba no fue precisamente la primera tierra descubierta por Colón, su descubrimiento hecho el 27 de Octubre, 15 días después de aquél en que Rodrigo de Triana dió el grito de ¡tierra!, fue uno de los primeros y la isla de Cuba fue después la base de los demás descubrimientos.

tivo termómetro y el empleado de la aduana que dio entrada a mis equipajes, yo no recibí sino cortesías de las gentes con quienes tuve alguna relación. Digo mal: debo quejarme del hostelero, de los conductores de automóvil y de los "transfer"—ya ve Ud. que yo también empiezo a contagiarme de "americanismo"—que me saquearon de una manera desvergonzada y cruel. Aquello es una locura: por tres habitaciones durante menos de cuarenta y ocho horas y tres comidas ordinarias—en la Habana se come muy bien por lo general—aquel hostelero, risueño vástago de la dinastía de Shylock, me arrancó si no precisamente una libra de carne, algo que en viaje vale casi lo mismo: ciento diez dollars, con lo cual toda mi familia podía vivir un mes entero en nuestra buena y hoy adolorida ciudad de México. Y si no hago mención de Santos Chocano y de algún otro "periodista" que me injuriaron a mi paso por la isla, es porque el primero no pasa de ser un truhán internacional que no vale la pena; y en cuanto a los demás no había motivo bastante para que Cuba fuera una excepción carente de esos "chicos de la prensa" que han hecho de la injuria una industria y que del propio modo mojan su pluma en un bote de esencias que en un orinal.

No obstante que cuando yo llegué a la Habana, reinaba allí un ambiente "constitucionalista," sumamente saturado y peligroso para gentes menos inmunizadas que yo, la verdad es que la gran mayoría de los diarios cubanos, que son muchos, por obra de la bendita libertad, me colmaron de elogios que honradamente declaro no merecer.

Quédese para otra ocasión discutir y esclarecer si es obra del buen sentido de los cubanos o de la presión yanqui la libertad de que en Cuba se disfruta: lo cierto es que hay libertad, mucha libertad, indudablemente más que en los Estados Unidos, porque a la libertad política americana, se reúne en Cuba una amplia libertad civil mucho más necesaria que la libertad política, libertad civil que en Estados Unidos se desconoce, se ignora y se atropella diariamente, sin que lo sospeche siquiera la dormilona mentalidad de estos niños grandes y rubios, que nosotros llamamos indistintamente gringos o yanquis. Y a la sombra de esa libertad, en la Habana se publican cosa de diez grandes diarios, lo que da un coeficiente de publicidad superior al de las grandes ciudades americanas: en New Orleans, la más importante de las ciudades del Sur, no se publican más de tres.

Cuarenta y ocho horas de permanencia seguramente no bastan para formar un juicio ni siquiera aproximado acerca de ninguno de los aspectos que una gran ciudad puede presentar a los ojos de un amable diletantismo; pero no se necesita más—acaso bastarían cuarenta y ocho minutos—para conocer el temperamento cubano.

Como si la isla toda estuviera supersaturada de un oxígeno más enérgico que el que habitualmente se respira en los trópicos y al nivel del mar, en Cuba—entiéndase que hablo de la Habana, porque, en resumen, allí como en Argentina, la Capital excede en importancia a todo el resto del país—en la Habana, digo, parece como si todas las combustiones fisiológicas del organismo humano—acaso también del animal—fueran más aceleradas y más intensas, de tal manera que podríamos decir que el pueblo cubano es un pueblo incendiado; y yo no dudo que si tuviéramos un termómetro para apreciar estos temperamentos morales y lo aplicásemos a la piel de uno de aquellos vendedores callejeros de dulces, que pregonan su mercancía en estrofas improvisadas al minuto y lo mismo disertan sobre las calidades del "caramelo" y el "panal de rosa" que dan una conferencia sobre astronomía, rápidamente la columna del mercurio marcará los cuarenta grados de la fiebre, como temperatura normal.

Las manifestaciones de esta incandescencia, si me permite Ud. la expresión, se encuentran en cada esquina, pues al paso apuntaré que en la Habana se vive en la calle. Alguna vez, acostumbrado yo a la suave quietud nocturna de la incomparable ciudad de México, desperté a la madrugada y oyendo en la vía pública ruido y algazara como de gente que riñe y se acuchilla, me asomé lleno de alarma al balcón; y calcule Ud. mi asombro al ver que donde yo esperaba encontrar un prójimo ahogándose en su propia sangre, no había sino dos "camaradas" que conversaban en un diapasón bastante más alto que el de nuestros habituales paliques.

Otras veces va Ud. por una calle cualquiera, y al oír una voz chillona que con tono imperioso repite "¡cabayero!" "¡cabayero!" vuelve Ud. la vista y se encuentra que quien llama es una agraciada mocosa de seis años con aires y dengues de señora mayor y el "cabayero" no es tal caballero sino un muñeco que no levanta más que tres cuartas del suelo.

Pero todas estas impresiones tan fugitivas e indecisas, seguramente no satisfacen a su espíritu: ha de querer Ud.

que yo le dé algo sintético sobre el pueblo cubano; y aunque la cosa es difícil, voy a intentarlo por complacer a Ud.

Se acuerda Ud. de aquel Tartarín de Tarascón, en que Alphonse Daudet quiso encarnar todo el temperamento meridional de los franceses? Cuando Tartarín, como Napoleón, va preso en un buque inglés, y a imitación del "hombre del destino" se retira de la mesa a la hora de los licores, el Capitán del barco pregunta a uno de los comensales:

—Pero en resumen, ¿que cosa es un tarasconés?

—Un tarasconés—le contestan—es... un francés visto con vidrio de aumento.

Del propio modo, intentando la síntesis prometida, a Ud. que tanto conoce y celebra las peculiaridades vernáculas de nuestros "jarochos," le diré parafraseando a Daudet:

—Un cubano... es un "jarocho" visto con vidrio de aumento.

Suyo siempre, muy devoto sobrino.



II—De la Habana a New York

New York, Agosto de 1914.

Mi muy querida tía:

Desde la víspera de mi arribo a la Habana, que fue el 14 de Julio, había circulado en la prensa de aquel puerto, abundante "literatura" telegrafiada desde Veracruz, acerca de mi humilde persona, inflada por la imaginación de mis malquerientes hasta el grado de llamarme "el brazo derecho de Huerta," y en esa "literatura" lo más suave que se decía de mí era que me había yo robado *tres millones de pesos* y que, aparte de éstos, a la mano, como "dinero de bolsillo" llevaba una pesada maleta rellena de fulgurantes "hidalgos". Seguramente los chauffeurs de la Habana tomaron en serio lo de la áurea petaca porque, acaso acomodándose a aquella elástica y bonachona filosofía de "ladrón que roba a ladrón"... me desbalijaron sin pudor: por llevarme del Hotel al muelle, distancia que en sendos autos recorrimos en menos de cinco minutos, hube de pagar sin apelación la friolera de 14 dollars! Reconozca Ud. mi querida tía, que en calidad de ladrones, aquellos dos verbosos chauffeurs eran dignos del moderno Ali Babá que imaginaban conducir a bordo.

Ahora no existe ya, pero todavía cuando yo embarqué para Key West encontraba Ud. que desde el muelle donde atracan los vapores que hacen esa travesía, en pleno suelo cubano comenzaba la jurisdicción aduanal americana. Salvando el estrecho de Florida, la aduana de Key West boni-

tamente se había instalado en la Habana. Empleados aduaneros yanquis examinaban los equipajes como si estuviera uno en tierra yanqui desde que se franqueaba un a manera de mostrador que servía de *línea divisoria*.

Y como pisar tierra americana, digo, de Estados Unidos, y comenzar a recibir sorpresas es todo uno, allí mismo nos aguardaba la primera, consistente en que uno de aquellos aduaneros nos hizo saber que ni mi esposa ni mi hermana podían embarcarse con sombreros... a menos de quitar a los que llevaban, las *aigrettes* que eran su principal adorno!!

¿Por qué?, me preguntará Ud. toda asombrada.

Sencillamente porque los sentimientos piadosos de las solteronas que tan poderosamente influyen en la administración americana, sublevados ante la idea de que allá en África se mate a los pájaros salvajes y se desplume a los avestruces para adornar los sombreros femeninos, lograron obtener un decreto prohibiendo la importación de plumas, pájaros disecados, etc. Lo cual, dicho sea de paso, absolutamente no ha influido en el consumo de plumas para sombreros, pues las americanas continúan llevando sobre la cabeza toda clase de "gallinas" de los más diversos gustos.

Por lo demás, en materia de sensibilidad americana, ocasión he de tener más adelante de presentarle verdaderos primores, definitivos *sketches*, si me da Ud. su venia para emplear esta palabra inglesa.

A las once de la mañana del 16 de Julio, día de la Virgen del Carmen, que hace todavía cinco años, cuando aun Carmelita era la esposa del Presidente Díaz, casi era fiesta nacional entre los mexicanos, y a bordo del barco "Miami," dejamos las costas de Cuba para cruzar el estrecho de la Florida rumbo a Key West, a donde llegamos con las últimas luces del día.

Interesa mucho a los que de México vienen a Estados Unidos vía Habana, y se marean, saber que la empresa Peninsular and Occidental Steamship Co. mantiene un servicio diario de vapores, con excepción de los Domingos, que hace la travesía entre la isla y el continente en sólo 7 horas, mientras que por New Orleans se emplean dos días de navegación y muchos más por New York, si bien es verdad que la vía de Key West es un poco más costosa.

Por lo demás la travesía del estrecho no ofrece interés alguno: no parece sino que la proximidad de los Estados

Unidos, que es el país de la uniformidad monótona, influyera en las aguas del canal haciendo que pierdan todo su encanto luego que se desvanece en el horizonte el maravilloso fondo de la bahía de la Habana.

El "Miami" fondeó a diez metros escasos del sitio donde esperaba el tren que había de conducirnos a New York; y cuando el estruendo de cadenas, pitos y calabrotos hubo cesado, me encontré de manos a boca con un fotógrafo que a toda prisa, caballero en una bicicleta, venía a tomar nuestra fotografía para algún diario local, y en el andén de la estación una charanga militar atronaba los aires con una música de gusto *sui generis*, pues permítame Ud. observar al paso que los americanos, éstos que nosotros imaginamos allá "hombres de hierro" entregados a las más serias y trascendentales especulaciones, son criaturas que se perecen por el baile y que dejan cualquier cosa por "marcar" un "one step." Lo cual ha determinado los primeros rasgos de un arte musical que comienza a esbozarse como genuinamente americano, en esta tierra donde todo es falta de fisonomía propia, arte musical del cual volveré a tratar al ocuparme del interesante capítulo de los espectáculos públicos, si la vida me alcanza y la voluntad no me escasea.

Por más que mis enemigos con sus injurias y los repórters con sus interviews fueran logrando darme una cierta sensación de celebridad, no llegué a imaginar que aquella música estuviera dedicada a mí, y mucho menos cuando escuché las notas del "Star Spangled Banner" o sea el himno nacional americano: imaginé que andaría por allí el Presidente de la República o algún elevado personaje; pero no: se trataba de unas dos compañías de soldados de la federación que iban a Virginia y que, cuando nosotros acabábamos de subir al tren invadieron los carros pullman; porque es bueno que sepa Ud. que aquí los soldados rasos viajan en pullman, lo cual si ciertamente acusa una gran riqueza pública, constituye también una causa de debilidad del país, de que me ocuparé otro día.

Un distinguido publicista inglés que durante mucho tiempo ha sido embajador ante el Gobierno de la Casa Blanca, y que por lo mismo, si de algo peca es de apasionado por estas gentes, James Bryce, en un valioso libro suyo que he consultado con provecho más de una vez, ha escrito estas palabras:

"...los americanos, con su frívola charla sobre su país, su debilidad por los efectos de relumbrón, su deleite por una feliz historia y su extravagante afición a las exageraciones."

Después de leer esos conceptos, espero que ya no se sorprenderá Ud. cuando le diga que la primera y más insistente impresión que recibí en este país—comenzó a producirme el ferrocarril Florida East Cost—fue la de que mucho de lo que aquí se observa de monumental, tiene una base de arena sumamente frágil y falsa.

O como dicen éstos: que aquí todo o casi todo es *bluff*, que este es el país del *bluff*!

Aunque nosotros salimos de noche de Key West para New York, como había gran claridad, pude durante varias horas observar el camino, que en aquella primera parte, es sencillamente monumental: durante muchas leguas el tren corre por sobre un colosal viaducto construido sobre el mar, que necesariamente ha costado muchos millones, tantos, que evidentemente la empresa no se costea con el escaso tráfico que yo encontré las dos veces que he recorrido aquel trayecto.

Pero no le sorprenda a Ud.: el candor infantil de los americanos hace de Estados Unidos el paraíso de los *promoters*, de esas gentes que viven del bolsillo ajeno, de empujar ilusos hacia los negocios fantásticos que aquí abundan hasta lo absurdo; la historia de las "plantaciones" americanas en México, no solamente es mexicana, es el "pan nuestro de cada día" aquí mismo: una empresa que se funda sobre pura saliva, un "manager" con dos o tres mil dollars mensuales, un superintendente, un auditor, un cajero, un..... ¡qué sé yo! todos con grandes sueldos que dilapidan alegremente; y como fin y remate, una bancarrota y un grupo de accionistas ilusos y estafados, pero no escarmentados, resueltos a dejarse estafar por el siguiente *promoter*, que sepa provocar en su provecho "la extravagante afición a las exageraciones" de que habla Bryce; todo esto, digo, es aquí cosa diaria y corriente: es algo como los incendios de New York, que se registran a tantos por hora.

Antes de que amaneciera, ya estaba yo en pie, deseoso de contemplar el paisaje de la Florida que suponía yo cuajado de flores. Nada menos que eso: ésta es una florida sin flores; y, comenzando a habituarme a las extravagancias de estos primos, habría creído que aquí, como en México, se sue-

le dar a personas y cosas el nombre que menos justifican, y de esa manera aquí se llama "florido" a lo que absolutamente no tiene flores.

Confieso a Ud. que de pronto tuve a Ponce de León por un grandísimo majadero, en eso de poner nombres a las tierras que descubría, pues por más que me afané buscándolas, yo no alcancé a ver flores en todas las muchas leguas que el tren recorre.

Pero gracias a un docto americano, el Sr. Lawton B. Evans, superintendente de escuelas de Augusta, Georgia, he devuelto sus honores al descubridor español. En efecto, parece que Ponce de León no le dio a la península el nombre de Florida por la abundancia de flores sino por haberla descubierto el Domingo de Pascua, que nuestros abuelos llamaban *Pascua florida*.

No resisto a la tentación de copiar aquí el párrafo del profesor Evans, consignado en nota a la página 29 de su libro—libro de texto en las escuelas americanas—titulado "The Essential Facts of American History," editado por Benj. H. Sanborn and Co. de Boston, New York y Chicago. Dice así:

"Florida may have been named from the beautiful flowers and foliage that de Leon saw but it is more likely that it took its name from "pascua florida," such, in Latin, means Easter Sunday."

Lo que yo traduciría del modo siguiente:

"Es posible que Florida deba su nombre a las bellas flores y follaje que de León encontró en aquella tierra; pero es más probable que el nombre proceda de *pascua florida*, palabras que en *Latín* (!!) significan Domingo de Pascua."

¿Usted ignoraba que *Pascua Florida* es latín? pues apréndalo Ud. ahora, y dele las gracias al profesor Evans!

Con razón está Palavicini mandando profesores a Boston para que aprendan.....Latín.

Desde Key West hasta New York, por lo menos en las partes que recorre uno de día, el paisaje es de lo más monótono que pueda Ud. imaginar, salvo en las cercanías de Philadelphia donde la vista puede recrearse contemplando encantadoras residencias a ambos lados de la vía, pero principalmente a la derecha, como quien va para New York. Durante muchas horas no acierta Ud. a ver más que terrenos incultos, bosquecillos de pinos raquíticos, muchos de ellos con los tallos carcomidos por la explotación de la trementina;

cuando deja Ud. de ver los pinos, es porque comienzan las plantaciones de *grapefruit*, nombre que estos animales hervíboros han puesto a una especie de "toronja" muy desabrida que aquí se consume, como todo, por cientos y miles de toneladas. De tarde en tarde, se atraviesa un río, si es que puede llamarse río a una corriente odiosamente fea de un atole espeso, color de "champurrado" o mejor de agua de ladrillo. ¡Qué lejos estamos de aquellas nuestras lindas corrientes de agua, el Atoyac y el Jamapa entre otras mil, cristalinas y rumorosas, reflejando en sus remansos el azul añil de nuestro cielo incomparable!

De pájaros no hay que hablar: por más que yo estuve escrutando el cielo y, durante ciertas paradas, los cercanos bosques, no acerté a distinguir una ala rígida manchando el espacio, ni nada que se pareciera a un gorgojo. Fue hasta muy cerca de New York, en una estación cuyo nombre no recuerdo, donde logré ver dos pajaritos, color de paja obscura, de una especie parecida a nuestros gorriones que luego comprobé abundan mucho aquí, principalmente en las calles y que se alimentan de las basuras y suciedades de las mismas. Y ya que de cosa tan poco limpia trato, permítame Ud. anticipar que en materia de basuras y suciedades, en muchas ciudades de este país de la higiene, como New Orleans, Montgomery y hasta ciertos barrios de New York, hay basuras y porquerías, digo, no sólo para alimentar a pájaros sino para que comieran y engordaran todas las bestias salvajes de Siberia, si de ello se mantuvieran. Le digo a Ud. que hay cada plazuela, que haría ruborizarse a Tepito, Tumba Burros y Candelaria de los Patos.

Y ahora, pasemos a cosa más limpia, a fin de que pueda conciliar el sueño: es ya muy tarde y vale la pena de dejar para otra carta mis primeras impresiones de New York.

De Ud. sobrino afectísimo.



III—Cocina y Literatura

Jacksonville, Fla. Octubre de 1914.

Mi querida tía:

De seguro Ud. no habrá olvidado que fue el 3 de Julio cuando fui despedido por el General Huerta. Como no esperaba yo otra cosa para marchar al extranjero, al día siguiente salí, pero de intento evité el puerto de Veracruz, ocupado a la sazón por los americanos. A riesgo de ser asaltado y asesinado por alguna de las numerosas bandas de "libertadores" o "patriotas" que merodeaban por el Ferrocarril de Veracruz al Pacífico, preferí embarcarme en Puerto México a bordo del "Espagne," que de allí marcharía a Veracruz y después a la Habana.

Hicelo así en efecto, y con este motivo permanecí en la bahía de Veracruz dos días, durante los cuales fui asediado por los reporters veracruzanos y por corresponsales de periódicos.

Las opiniones que a estos últimos días fueron cableografiadas a Estados Unidos y publicadas por millares de diarios americanos, y a esto se debió que desde Key West los reporters me asaltaran en todas las estaciones del tránsito, de manera que al llegar a New York, a las diez de la noche del 18 de Julio, caí, como dijo "The New York American," "into the waiting arms of a throng of reporters."

Trabajosamente pude escapar de ellos con el pretexto de que mi inglés era "very short," salvo de Gerald Brandom,

viejo conocido mío de México, a quien hube de dar una entrevista que duró hasta cerca de la una de la madrugada.

—Pero ¿a qué viene todo esto? se preguntará Ud. con un principio de impaciencia.

A ello voy si me concede Ud. unos minutos más.

Paul de Roussieres ha hecho observar en su "Vie Americaine" que la ausencia de prejuicios en materia de trabajo, hace de Estados Unidos el país de las "oportunidades," porque aquí el hombre, no estándole remachado, como entre nosotros, al cepo de su profesión o de sus antecedentes, se mueve con entera libertad. Habla Roussieres de un individuo que en Chicago le dijo:

"He tenido ocasión de ejercer varias profesiones: he sido maestro de escuela en Seattle, en Philadelphia me dediqué a pintar chimeneas, el año pasado fui pastor protestante en Oklahoma, ahora trafico en cerdos y el año próximo pienso dedicarme al ejercicio de la medicina."

Cuando leía yo, en tiempos, esa página de Roussieres, creí firmemente que exageraba y que su tipo, aunque representativo de este país, era imaginario; pero Gerald Brandom me persuadió de que Roussieres no había dicho sino la verdad, y una verdad de las más humildes y corrientes en este país.

En efecto, cuando acabó nuestra "interview" y pregunté a Gerald Brandom desde cuando trabajaba en el gran diario de Hearst, me dijo que él no trabajaba en el New York American sino que se había prestado a entrevistarme mediante pago especial y como un servicio a esa poderosa empresa que la había solicitado *a quo* por razón de hablar español.

—Pero—dijo en conclusión—ahora no hago reportajes; me dedico a hacer versos para magazines.

—¿!.....

Y como observase en mi semblante un gesto mitad de asombro y mitad de interrogación, agregó para explicar su pensamiento:

—Eso me resulta mucho más productivo.

Este pequeño suceso acaso pudiera servir para explicarle, mi querida tía, el sabor de la literatura americana. Es cuestión de tendencias y del *modus faciendi*. En la elaboración de un poema como en la fabricación de "bisquits" hay completa identidad de móviles—ganar dinero— y analogía de procedimientos—rapidez y baratura,—de manera que no

hay por qué sorprenderse de que en este país una novela y un cuadro, una estrofa y un chiste y una galleta de soda, tengan todos el mismísimo sabor.

Y luego, que también influye el factor cantidad. Usted, que tan delicadas manos tiene para sazonar ciertas golosinas, sabe bien que no es lo mismo guisar "a fuego manso" para dos o tres personas, que sancochar un puchero entre carteras y "ajigolones" para toda una brigada.

Aquí, donde se come tan mal que la hora del "luncheon" resulta una tortura digna de Torquemada, aquí, digo, hay fábricas de "comida hecha"—como si dijéramos de "ropa hecha"—que se encargan de alimentar a casi toda la población. Por un miserable "dime," cualquiera puede conseguir una lata de spaghetti, de "ejotes," frijoles con carne de puerco, beefsteak hamburgués.... ¡qué sé yo!

Hay casa, como la Heinz, que explota el *secreto* de 57 fórmulas distintas que corresponden a otros tantos brevajes o platillos diferentes.

La cosa resulta sumamente cómoda, para gentes que han hecho del hogar una simple oficina de comer y dormir. Va Ud. al "grocery" o sencillamente al teléfono y mediante sus diez centavos pide Ud....lo primero que se le ocurra: resulta inútil debatirse en vacilaciones con motivo de la elección del guisado desde el momento en que todo sabe lo mismo: los frijoles con puerco tienen el mismo gusto que los spaghetti y los chícharos con jamón no difieren de los "ejotes" o del dulce de ruibarbo.

Tal es el cotidiano menú del 92 o/o de los americanos; y Ud. habrá de reconocer *vellis nollis* que cuando se guisa para tamaña tropa, no es lícito tener refinamientos ni exigencias de *gourmet*.

Pues lo mismo sucede con la literatura en cualquiera de sus formas, novela, poema, o historia palpitante y absurda de cinematógrafo. También para estos "guisados," como para los de a diez centavos lata, hay una serie de recetas que explotan unos cuantos fabricantes.

Y como los poemas, las novelas y las historias de "moving-picture"—felizmente acabadas gracias a la libertaria institución del "National Board of Censors"—también se guisan aquí para una multitud enorme, donde no abundan los gourmets, es natural que en el Cine, como en la novela, y en el poema como en las latas de frijoles "Boston Style," encuentre

uno invariablemente el mismo saborcito, el propio tufillo, el invencible resabio de fonda americana.

Que digiera Ud. grata y fácilmente esta ensalada de literatura y cocina, desea de todo corazón su muy devoto sobrino.



IV—La Abominable Metrópolis

New Orleans, La. Octubre de 1914.

Mi querida tía:

La primera impresión que me produjo New York, distó mucho de ser la que yo esperaba. Cuando se ha visto la ciudad de México, que como bella no tiene superior en el mundo y que por su tamaño y sus adelantos tiene todo lo que la ciencia y el arte modernos pueden proporcionar para hacer grata la existencia, no queda ya nada de qué asombrarse. Y sea por esto, que lo es seguramente en parte, sea porque las exageraciones que siempre nos van de este país, empequeñecen la realidad, lo cierto es que mi primer vistazo a New York, no provocó en mí la menor emoción. Los enormes edificios de veinte, treinta y hasta cincuenta y tantos pisos que, lamentablemente desperdigados, son el orgullo de los neoyorquinos, lejos de dar impresión de grandeza, afean realmente la ciudad, no sólo porque son exageradamente desproporcionados con la anchura de las calles, sino porque relativamente son todavía muy escasos y resulta que al lado de uno de esos gigantes de piedra, de una arquitectura lastimosa, como el Metropolitan o el Municipal Building, por ejemplo, hay verdaderos jonucos ridículamente enanos, de manera que para mí esas moles resultaron como verrugas colocadas de trecho en trecho sobre una epidermis que podía ser uniformemente hermosa. Si ciertamente la uniformidad no suele

ser el tipo de lo bello, es innegable que lo es menos lo incongruente y disímulo; y tratándose de edificios vistos en conjunto, resulta mucho más estético el conjunto armonioso de una ciudad con el tipo general de edificios de cinco o seis pisos, como París, que esa chocante disparidad de New York, con invencible tendencia a imponerse en todo el vastísimo territorio de este país.

Yo no dudo que estas afirmaciones mías provocarán ruidas y sinceras protestas en el temperamento artístico del pueblo americano: mi vieja tolerancia también actúa en esa materia, y por obra de su bendita influencia, yo reconozco a todo el mundo el derecho de tener una opinión, hasta cuando notoriamente sea extraviada.

En efecto, del propio modo que en materia de cocina el gusto de estos señores encuentra deliciosas cosas tan detestables como el apio y el dulce de ruibarbo, y en el orden musical lo único que les satisface es un "tiempo" que se me antoja de cabalgata de circo y que puede Ud. encontrar en todas las composiciones musicales americanas, asimismo en punto a gusto arquitectónico, para ellos el refinamiento estético está en razón directa de la altura del edificio.

—¿Atlanta es bonita ciudad? pregunta Ud. a cualquier americano.

E invariablemente le contestará:

—Sure, there are many twenty stories buildings.

No se asombre Ud., mi querida tía, que en resumen, esto no es sino una aplicación *sui generis* de la fórmula presentada por Emilio Zola: el arte, en resumen no es sino un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento.

Sólo que para el "temperamento" yanqui, ese "rincón" ha de ser de piedra y hierro con innumerables ventanas y ha de tener cuarenta o más pisos: *voilà tout*.

Con esta misma carta le remito varias postales en las que comprobará Ud. gráficamente el chocante contraste de un edificio que levanta sus cuarenta y cinco pisos sobre un *entourage* de construcciones "chaparras," que lo parecen mucho más por obra de la comparación. Allí encontrará Ud. algunos de los más celebrados edificios de New York, como son el imperialmente feo Woolworth Building, el más alto de todos, el no menos odioso Municipal Building que costó..... \$12.000.000, los más mal gastados de que tengo noticia.

Hudson Terminal Building, Flat Iron, Equitable Building, Adams Building, Bankers Trust Co. etc., etc.

Y ahora después de ver ese Palacio Municipal con su pésimo gusto, recuerde Ud. nuestro Palacio Municipal de México, la Diputación, como allá le decimos, tan bello y único en su clase, y permítame Ud. que me regocije de que si el dollar resulta invencible para acaparar petróleo, promover revoluciones en las "cañerías democráticas" que llamó en tiempos don Francisco Bulnes a nuestras abortadas democracias latino-americanas y para organizar esos "trusts" que tanto hacen sufrir aquí a los débiles, hay, afortunadamente, ciertos dominios adonde no alcanza su influencia, tranquilos remansos de la vida en los cuales todavía pueden refugiarse los castigados por el moderno industrialismo. Por fortuna para los que aun aman el ideal, los Gerald Brandom, que industrializan el verso pretendiendo explotarlo con su respectiva *Trade Mark*, no abundan ni siquiera en Estados Unidos.

Y esa chocante disparidad de la enorme urbe resulta tanto más extraña para quien no penetra al fondo de las cosas, cuanto que éste es el país de lo uniforme, de la imitación rutinera; aquí el ideal de la vida es el "carro pullman."

¿Se acuerda Ud. de los carros pullman? El que ha visto uno puede afirmar que los conoce todos: el mismo objeto, el propio adorno, idénticos departamentos ocupan siempre la misma plaza con tan rigurosa exactitud, que un ciego podría ir directamente a su objeto; todos tienen el propio detalle en idéntico sitio; como decía yo a un compatriota recientemente, siempre está el mismo tornillo en el mismo lugar.

Pero estábamos tratando de la impresión que produce New York y le decía yo que resultaba mucho más modesta de lo que yo esperaba. Y es que para quien conoce ciudades que pasan de medio millón de habitantes, ya no queda nada por ver.

Por lo demás New York es particularmente feo, y algo más que sucio. Predomina aquí en los edificios la nota obscura, algo que da la impresión de una mugre húmeda y pegajosa. Si a esto agrega Ud. que en verano reina un calor excesivo y embrutecedor que pone la cabeza pesada, pesadez que me parece precursora de la insolación, y en invierno suele haber en las calles una capa de dos metros de nieve, de manera que a las diez cuadras de su casa siente Ud. que se le hielan las narices, comprende Ud. toda la enorme significa-

ción de aquella frase de Zolá escrita, creo, en *El Vientre de París*: "son estúpidas estas grandes ciudades."

¿Cómo diablos explicarse que tengamos allá nosotros verdaderos paraísos naturales, con adorables panoramas y climas suaves como la epidermis de una doncella de 20 años, donde se podría vivir una vida integral, disfrutando intensamente la "joie de vivre," verdaderos campos éliseos adonde nadie va para nada, y en cambio toda una humanidad terca y rutinera, se obstina en patinar rudamente y a diario sobre el fangoso pavimento de estas ciudades trabajosas e indomables, empeñada en ignorar que más allá de esas moles de cal y canto hay naturaleza y vida?

El conjunto de New York es más bien desagradable, como que el desarrollo de esta ciudad se parece al de uno de esos talleres que van creciendo por yuxtaposición o por remiendos, agregando hoy un cobertizo de láminas, mañana un galerón de tablas y después un edificio de cal y canto.

Hay una sola excepción, y es la Quinta Avenida. La Quinta Avenida podría ser una avenida imperial, que compitiera con las mejores del mundo, si no lo impidieran los mismos americanos con su absoluta falta de lo que llamaré "sentido de la vida," que les hace sacrificar, en aras de una falsa utilidad, lo bello y amable de la existencia.

La Quinta Avenida va de lo que aquí llaman *down town* desde el Arco de Washington, hacia la parte alta de la ciudad, que dicen *up town*, en suave e irregular ascenso; es sumamente amplia y no ofrece tan exagerada la odiosa disparidad de edificios que el resto de New York, de manera que la perspectiva resulta relativamente agradable. Si en una suave tarde primaveral pudiéramos, desde lo alto de una de sus más pronunciadas ondulaciones, contemplar un desfile de carruajes elegantes, desbordando de mujeres hermosas, bellamente vestidas, como en la Castellana de Madrid, en el Bois de París y en nuestros divinos paseos de la Reforma y Chapultepec, seguramente que la Quinta Avenida ofrecería un espectáculo feérico; pero en lugar de eso, no acierta Ud. a ver más que coches de caballos, del peor gusto; ómnibus para pasajeros, millares de sucios automóviles que corren a gran prisa y sobre todo, en cantidad que abrumba, camiones eléctricos y carretas. Y si a esto agrega Ud. un estrépito de infierno, una atmósfera de polvo y de humo que

todo lo ensucia y ennegrece y un cielo que recuerda la tienda de lona de nuestros viejos circos de feria, comprenderá que lo único que se siente distintamente, es una gran necesidad de salir a toda prisa de aquel medio exasperante.

Suyo siempre de todo corazón,

